

Julieta Dobles Yzaguirre

**LAS CARTAS DE JUAN VAZQUEZ DE CORONADO
PRAXIS DE UNA CONQUISTA**

LETRAS 11--12 (1986)



Las once cartas que Juan Vázquez de Coronado, el conquistador de Costa Rica, escribió, y que fueron descubiertas a fines del siglo pasado en el Archivo General de Indias de Sevilla por el historiador costarricense Manuel M. de Peralta, fueron publicadas por primera vez en 1884 por el mismo investigador¹. Posteriormente, en 1908, otro historiador costarricense, Ricardo Fernández Guardia, las publicó en orden cronológico, acompañadas de una pequeña introducción; en 1963, para conmemorar el cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Cartago por Vázquez de Coronado, la Academia Costarricense de la Historia reprodujo el texto publicado en 1908 por Ricardo Fernández Guardia, en una edición especial.

No se sabe si Juan Vázquez de Coronado escribió más durante los años de su labor de conquista y pacificación de Costa Rica. Probablemente sí lo hizo, dada la dura lucha que tuvo que librar para ser escuchado por la Corona y por la Administración de Guatemala, lucha que, al obligarlo finalmente a viajar a España para entrevistarse con Felipe II y lograr así el apoyo necesario para su tarea, le costó la vida, al naufragar el barco del regreso. Pero en estas once cartas que han llegado hasta nosotros, se perfila toda una concepción de la empresa, y un plan de acción, sustentados en valores e ideales de su tiempo que merecen analizarse, ya que el caso de Juan Vázquez de Coronado en Costa Rica constituye, dentro de un pequeño universo espacio-temporal (los aproximadamente dos mil kms. que el conquistador recorrió y ganó con sus hombres², y los tres años que duró su

-
1. Manuel M. de Peralta publicó todas las cartas, a excepción de la del 20 de enero de 1563, dirigida al Lic. Martínez de Landeche.
 2. Los cálculos sobre el recorrido de Juan Vázquez de Coronado y sus hombres en territorio costarricense han sido hechos con base en el mapa que el historiador Carlos Me-

empresa de pacificación y población en Costa Rica), un interesante ejemplo de fusión de la praxis de Las Casas, con el espíritu renacentista, plasmado en sus dos vertientes por Castiglione y Maquiavelo, en *El Cortesano* y *El Príncipe*, respectivamente.

Juan Vázquez de Coronado no fue un hombre de letras, o lo fue sólo en la medida en que un hombre de su rango lo debía ser en el Renacimiento, y en la medida en que su escritura pudo ayudar a su empresa de conquista. El mismo lo afirma varias veces, cuando dice que el objeto descrito excede el tiempo, el papel disponible, o el objetivo de sus cartas, pero nunca aduce incapacidad para escribir. Antes bien, cuando tiene que usar su capacidad de descripción para convencer de la bondad e importancia de su empresa, lo hace brillantemente, al igual que tomaría el arado para trazar una nueva ciudad, o la espada y el caballo para avanzar al frente de sus soldados; tal es la extensa descripción que hace en su carta a Juan Martínez de Landecho, del 4 de mayo de 1563 del fuerte y pueblo de Couto (pp. 33, 34 y 35), así como la más prolija, que hace a Felipe II del mismo pueblo y sus costumbres, en la carta del 2 de julio del mismo año (pp. 45, 46 y 47). La carencia de fines literarios entre sus intenciones es patente en afirmaciones como éstas:

“Por falta de papel no envío testimonios e ynformacion de los caciques que están de paz. Vuestra Magestad este cierto que pasa lo de arriba, y que me he acertado, porque fuera de los caciques an venido muchos principales suyos y de otros pueblos.” (p. 20).

Que sus cartas son escritura de urgencia, está también patente en otras afirmaciones como estas:

“... y para dar cuenta a V.S. de mi camino y suceso era necesario largo discurso y mucha escritura: tocaré algunas cosas, y quedarse an las demás para tratarlas con más comodidad.” (p. 29).

léndez presenta en su libro, en la página 143. La zona de influencia que dichos recorridos abarcaron, la he calculado en 50.479 km², cuatro quintas partes, aproximadamente, del actual territorio de Costa Rica. De allí la importancia que como fundador de ese país, Meléndez le da a Juan Vázquez de Coronado y a sus expediciones, pues es el primero en observar la naturaleza ístmica de este territorio, y su casi total integridad territorial.

“Para dar a vuestra señoría noticia en todo deste pueblo y fuerte era menester mucho papel y espacio.” (p. 33).

Aunque esta última afirmación es, definitivamente, un recurso retórico, pues de inmediato procede a dar la descripción más extensa y prolija que puede leerse en todas sus cartas, la del Fuerte de Couto.

La compulsión prioritaria de las acciones de Vázquez de Coronado es, como la de muchos otros conquistadores, la eficacia de la empresa, estrechamente ligada a la del servicio al rey, sin cuyo favor la primera se haría imposible:

“Solamente queda la de Suerre, Turrialba, Aterre y Turucaca, las cuales espero en nuestro Señor con su favor atraellas a su conocimiento con gran brevedad y al dominio de Vuestra Majestad por la orden pasada, a costa de mi hacienda y de empeñarme en más de lo que estoy. Trabajos se an pasado y pasan, pero el fruto es tan grande que anima a todos” (p. 19).

Pero en este caso, la empresa no está sustentada en el afán de lucro, y el oro, cuando aparece, es útil porque va a apaciguar a los soldados, y a interesar a las autoridades, que de esta manera brindarán su apoyo a la tarea del conquistador:

“En lo de Turucaca y Suerre se esperan minas muy aventajadas, Hay necesidad dellas, porque como no se reparte la tierra, si no se descubren no se pueden sustentar los soldados.” (p. 20).

“(Este cacique Corohore). . . truxome sin pedírselas diez piezas de oro de aguilillas, con tanta facilidad como si dieran fruta o cacao; tomélas por el contento de los soldados; uvo entre ellas un grano de oro del río. . .” (p. 31).

“Todas las noches anduvieron los yndios de Turucaca rescatando oro entre los soldados, en lo que se conoció muy de veras la grandeza de la tierra”. (p. 52).

Todos los factores personales de Vázquez de Coronado están subordinados al éxito de la empresa. Su hacienda es gastada en financiar los mantenimientos de los soldados y de los colonos, y su familia se mantiene lejos, segura, en Guatemala en los primeros años, pero

cuando el conquistador funda Cartago, y necesita establecerse allí, piensa de inmediato en enviar por ella, porque es conveniente para el éxito de la empresa:

“A Guatimala he enviado por mi muger y hijos para llevar mi casa a la provincia de Nuevo Cartago y Costa Rica, porque así conviene al servicio de V. M. para la pacificación y poblazón de aquellas provincias.” (p. 63).

En cuanto a su hacienda, son muchas las ocasiones en las que el conquistador hace alusión a su empleo en la financiación de la empresa, o se queja de haberle dado fin en ello:

“...por manera que la jornada se haze como ai agora se diera principio en ella, en la cual me es forzoso gastar gran suma de pesos de oro.” (p. 9).

“Será necesario que Vuestra Magestad mande que se dé más calor que hasta aquí porque yo he gastado doze mill pesos sin que se me aya proveydo de cosa alguna y gastaré lo más que pudiere hasta que Vuestra Magestad dé la orden que más convenga a su servicio. Y es cierto que estoy bien adeudado, ansi desta jornada como de otras que en servicio de Vuestra Magestad he hecho.” (p. 13).

Todo parece estar muy claro. El conquistador, haya o no gastado su hacienda, ha invertido considerables cantidades de dinero en empresas a nombre del Rey, su señor, y ahora necesita que él le ayude a continuar la conquista, requiere para ello convencerlo de la grandiosidad y riqueza de las nuevas tierras. De allí que las alusiones al oro de los indígenas, a la cantidad de poblados, al número de sus habitantes³, y a la grandeza y bondad de la tierra, clima y suelo aparez-

3. Parece que Vázquez de Coronado exageró bastante los números de pobladores indígenas en territorio costarricense, probablemente en un afán de atraer la atención de la Administración y de la Corona. Un contemporáneo y compañero de armas suyo, quien estuvo durante varios años en Costa Rica, Juan Dávila, en una carta al Rey, lo refuta, diciendo: *“preguntándole yo a Juan Vázquez de Coronado, estando de camino para informar a Vuestra Alteza del estado de la tierra, que quantos naturales le parecía que podía haber en la provincia que llamamos de Costa Rica, me dixo que abía pasados de treinta mil yndios y, que aguas vertientes a la mar del norte, abía quarenta mill; por lo qual creo ynformo a Vuestra Alteza como tengo dicho. Yo, señor, conforme a lo prometido, digo que en la provincia que llamamos Costa Rica abrá en toda ella cinco mil yndios, y aguas vertientes a la mar del Norte, en todo lo que Juan Vázquez anduvo, no hay pasados de dos mil.”* (Meléndez p. 178).

can frecuentemente en las cartas. Incluso, en la carta a Felipe II del 5 de enero de 1563, aventura la que puede ser la primera alusión a un pasaje que comunique ambos océanos, para hacer más fácil la llegada al Perú de los barcos que vienen desde España, pasando por el Desaguadero, o río San Juan, idea que aún a finales del siglo XIX era revivida por una u otra potencia naval:

“... que es razón este Vuestra Magestad advertido de este caso para la contratación de Piru que podría ser cosa cómoda por esta provincia y viage más breve y más cercano que por otras; y creo se descubrirá adelante más luz en esto de la que agora se tiene y camino más breve.” (p. 19).

Oro, súbditos, pasaje al “Mar del sur“, o incluso varias referencias a las posibles especies encontradas, todo era enarbolado por el conquistador con el fin de vencer la indiferencia administrativa y el silencio del Rey ante la empresa. Hasta dónde Vázquez de Coronado creía en la importancia de lo que estaba haciendo, no lo sabremos nunca, pero lo que sí nos dicen sus cartas es que la fascinación de la empresa de conquista, unida a la atracción del poder y de la gloria, y al entusiasmo de realizar “hazañas ilustres”, según palabras de Bernal Díaz del Castillo, otro conquistador víctima de la indiferencia de la Corona, llenó por completo su corta vida, y enajenó sus bienes, y todas sus acciones. Estos rasgos renacentistas, que podrían concretarse muy bien en la frase de Maquiavelo:

“Dedíquese pues, el príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar su Estado. Si sale con acierto, se tendrán por honrosos siempre sus medios.” (p. 88),

son los que rigen los actos del conquistador, cuyo respetuoso trato al indígena parte, más que de disquisiciones filosóficas sobre el “buen natural” de los nativos, de toda una praxis de la pacificación, adquirida por él en México y Guatemala, y para definir la cual podríamos remitirnos de nuevo a Maquiavelo:

“Lo que más que ninguna cosa le haría odioso sería, como lo he dicho, ser rapaz, usurpar las propiedades de sus gobernados robar sus mujeres; y debe abstenerse de ello.” (p. 89).

El mismo Vázquez de Coronado lo señala claramente en varias ocasiones:

“Enviadoles he rescates y dado de lo que traya sin pedilles cosa ni mostralles cobdicia, lo cual procuraré se guarde por todas las vía a mí posibles.” (p. 14).

La misma táctica es usada por el conquistador con los soldados, para sostenerlos en sus puestos:

“... hallé sólo quatro soldados y tan determinados de dexar la tierra, que si no supliera a la necesidad con regalos que les hice me alteraran los que traya.” (p. 12).

Su antecesor, Juan de Cavallón, tuvo para con los indígenas una conducta totalmente distinta, cuyos resultados lo hicieron abandonar la empresa, y Vázquez de Coronado lo sabe:

“Quando el licenciado Juan Cavallón salió desta provincia no avía indio de paz. Después que comence a meter gente y bastimentos començaron a llegar algunos y oy estan en esta poblaçon ochenta indios de nueve pueblos, los caciques de los quales me los han enviado despues que llegue, diziendo que quieren reconocer a Vuestra Magestad y ser mis amigos y de los españoles. Parece que los caciques no osan venir porque en los principios fueron mal tratados y no se les guardó la fe en algunas cosas.” (p. 14).

Maquiavelo vuelve a recordarse al leer la observación de Vázquez de Coronado en torno al rebelde Cacique Coyoche, que los españoles llamaban Garabito, y que ha matado ya a algunos soldados, y conminando a la rebelión a otros caciques:

“Así he hecho proceso contra él: está condenado a muerte y a que se le haga guerra como persona que se ha rebelado.” (p. 14).
actitud que merecería la aprobación del ilustre italiano renacentista, el cual diría:

“... porque con poquísimos ejemplos de severidad serás mucho más clemente que los príncipes que, con demasiada clemencia,

dejan engendrarse desórdenes acompañados de asesinatos y rapiñas, visto que estos asesinatos y rapiñas tienen la costumbre de ofender la universalidad de los ciudadanos, mientras que los castigos que dimanán del príncipe no ofenden más que a un particular” (p. 81).

Por supuesto que en este caso concreto del “buen tratamiento” al indio la conveniencia práctica con vistas a la empresa coincide con las preocupaciones y recomendaciones del rey. De allí el que Vázquez de Coronado lo destaque en numerosas ocasiones, al lado de sus también numerosas protestas de fidelidad y obediencia a Felipe II, de las que constituyen buenos ejemplos todas las fórmulas de tratamiento dadas a “Vuestra Magestad” en el saludo y en la despedida de las cartas dirigidas a Felipe II, que demuestran que nuestro conquistador conocía perfectamente, como perteneciente a una familia ligada a la corte, las fórmulas en uso del buen vasallaje.

Vázquez de Coronado conoce al indio. Cuando inicia su expedición en Costa Rica, lleva un año como alcalde mayor en Nicaragua, y antes, ha permanecido años en El Salvador, Honduras y Guatemala, donde se casó, y donde viven su esposa e hijos. Su llegada al Nuevo Mundo la ha hecho por la Nueva España, y es allí donde aprende “la lengua de los mexicanos”. O sea, que hace 25 años que habita las nuevas tierras, y tanto su gente como su paisaje y sus elementos naturales ya no lo sorprenden. Por eso no traslucen sus cartas sorpresa ante las tierras que va descubriendo, ni asombro ante los palenques y pueblos indígenas. El es ya, por derecho propio, un “ciudadano del Nuevo Mundo”. Sus observaciones se dirigen hacia la obtención de beneficios útiles para la empresa. Describe lo que ve sin asombro, pero con clara lucidez, y pretende abarcar todos los elementos con la cuidadosa observación de los hechos. Por eso sus descripciones usan frecuentemente la medición y el cálculo, en un claro afán de apresar lo objetivo y utilitario de cada nuevo elemento descubierto, sin dejar nada al azar:

“Esta poblaçon está en 11 grados, asentada en unos llanos grandes. Es tierra fría, tiene buen cielo y suelo; dista de la mar del Sur ocho leguas; la del Norte se cree estaremos treynta poco más o menos, del Desaguadero veynte, a nuestro parecer pocas más.” (p. 13).

La *admiratio*, cuando surge, tiene un fin práctico: el de causar la *admiratio* del destinatario, más que el de expresar la propia:

“ . . . vi el asiento, pareciome bien y no he visto otro mejor en otras partes, eceto el de Atrisco en Nueva España. . . tiene muchas tierras para trigo y mays; tiene el temple de Valladolid, buen suelo y cielo.” (p. 55).

No es por azar que la descripción más cuidadosa y pormenorizada que ofrece en sus cartas, y que dirige a Martínez Landecho, y al Rey Felipe II, es la de un fuerte couto (pp. 33 a 35 y 49 a 51), con un claro propósito estratégico y defensivo.

El indígena, bajo esta visión utilitaria, es el posible vasallo que rendirá tributo, aumentará el número de súbditos de su Magestad, y engrandecerá al Imperio y a la cristiandad. Atrás quedaban ya, en los años de la conquista de Costa Rica, las polémicas sobre la naturaleza humana del indígena, presenciadas probablemente en su juventud en Salamanca por Vázquez de Coronado, ya que la cátedra salmantina del pensador Vitoria puede situarse entre los años 1526-27 y 1538-39. Nuestro conquistador considera que la alianza con el indígena es indispensable para la conquista y pacificación de la tierra. Por eso, visto como posible aliado, el indígena adquiere a ojos del conquistador otras dimensiones, muy diferentes de las que tenía para el burdo “encomendero”, ante el cual el natural de América era un esclavo, y por lo tanto, era necesario dudar de su condición humana para justificar así el derecho a su explotación. Juan Vázquez de Coronado no habla en sus cartas de “encomiendas”. Lo que pide reiteradamente al rey es autoridad para repartir la tierra, y de esta manera cobrar el tributo a los indígenas y asentar a los soldados. Recuérdese que en estos años la esclavización del indígena ya estaba prohibida por la Corona (Meléndez, pp. 85-86).

El conocimiento del indígena permite valorarlo como ser humano, tanto en sus cualidades, como en sus defectos. Por eso el conquistador tiene observaciones elogiosas para los diferentes grupos indígenas de la región, y al mismo tiempo cuenta con las tretas y argucias que sabe que el indígena usará en su defensa, como ser pensante que es:

“Todas son mañas (de los güetares), y como no ven que se les hace daño y que les compelen a que sirvan, ándanse burlando.

Es menester mostrarles más dientes que hasta aquí, y aprovecha poco pacificar esta tierra si los yndios no tienen a quien acudir.” (p. 39).

Definitivamente, si la Corona hubiera permitido la encomienda, es probable que nuestro conquistador hubiese aprovechado el permiso para obtener más beneficios en la empresa, pero como práctico y realista, sabe que la obediencia a la Corona será más útil.

La principal carencia que Vázquez de Coronado encuentra en el natural es su desconocimiento del verdadero Dios, y la práctica de ritos incomprensibles y repugnantes para los españoles, como la de los sacrificios rituales o funerarios. Por eso la evangelización es prioritaria al lado de la conquista, porque sólo ella podrá incorporar plenamente al indígena sometido o persuadido, al imperio, como súbdito del Rey. No se puede ser español sin ser cristiano. Para Vázquez de Coronado como para todos los españoles de su época, hijos de la Reconquista, estas dos condiciones funcionan como una sola. De allí la preocupación del conquistador por la carencia casi total de sacerdotes y misioneros, y las abundantes peticiones en este sentido que hace continuamente al rey, pues para él es un problema de obra inconclusa la no evangelización del indígena, e incluso un problema de conciencia que lo atormenta a él, como supremo responsable de la empresa de conquista.

“Necesidad ay grandísima de sacerdotes. Solamente queda conmigo el padre Bonilla, frayle del Premoste, y es gran falta que viniendo toda la tierra a ser cristiana no aya quien los doctrine. Avisado he a la Real Audiencia y no sé lo que se proveerá.” (p.20)

“Vuestra Señoría mande proveer de sacerdotes o religiosos que doctrinen estos pueblos, porque es gran falta venir de paz y no saber quien les de a entender el fin principal de su bien, que es hazellos cristianos; digo que pese vuestra señoría mucho la falta que hay en esto y que en todo lo bisto pueden oy entrar sacerdotes muy seguros.” (p. 24).

Para ganar la confianza del indígena, y su alianza, utiliza todos los medios a su alcance. Visita personalmente a los caciques, aunque para ello tenga que hacer largos y difíciles recorridos; participa de sus fiestas y banquetes, e incluso duerme en los poblados indígenas:

“Partido el padre Estrada, concerté con los comarcanos, que fue con el Abra y el Accessí, que me yría a holgar a sus pueblos y a sus casas con ellos para que conociesen como avrían de ser de mí tratados, cosa que no poco se reyan los soldados entendiendo que en la fuerza y no en regalos y mañas consistía el asiento desta tierra. Seguí mi opinión y salí desta cibdad en doze del presente: andube cinco días en los quales fui recibido por los caminos y en los pueblos como lo sería vuestra señoría. . .” (p. 21)

Hace regalos a los caciques sin pedir nada a cambio, excepto alimentos, cuando la necesidad es perentoria, y siempre por trueque:

“ . . . habiendo ante todas cosas dado la obediencia a V.M. los caciques dellas, la qual conseguí con halagos y buenos tratamientos y con dalles rescates y otras cosas, con las quales les amanse. . . porque no he consentido que se haga agrabio a los naturales ni se les tome cosa alguna sin pagar. . .”

Hace alianzas con algunos caciques y alienta los pactos entre ellos, manteniéndose él como supremo intermediario, y gestionando la devolución de prisioneros entre las tribus, aun cuando él mismo deba pagar su rescate:

“Al Cacique de Coctu mandé restituyese al de Quepo la hermana e yndios que le tenía por esclavos. Truxola luego, sin vexacion alguna, con otros siete muchachos y muchachas. Entregue-las al cacique Corrohore, con que entendi quedar muy contento, y al cacique de Coctu le di hachas y chaquira y otras cosas con que quedó contento del valor de las piezas. Llámase la hermana de Corrohore Dulcehe.” (p. 49).

Prohíbe a sus soldados robar a los indígenas, o ejercer cualquier violencia sobre una tribu amiga. Esto le acarrea burlas de los subordinados, quienes en su penuria e ignorancia, optan muchas veces por la fuerza y el maltrato para satisfacer codicias y necesidades inmediatas, política que, por otra parte, fue la más común en la conquista, y marcó con su sello muchas colonizaciones, que aún hoy no han logrado deshacerse de él:

“son escasos, diéronme en cada pueblo como un almud de

mays, no les pedí mas por no dalles descontento, ando a su gusto, no se les a mostrado cobdicia, rescatan mantas y miel, el oro guárdanlo y no se les pide, cierto ay gran moderación en esto.” (p. 22) “. . . y si se permitiera alguna fuerza y no se tuviera respeto a no mostrar codicia, yo pudiera traer cantidad d’oro. Donde yo me hallare se hara lo mismo, cossa contra la opinión de algunos soldados y los más, por lo qual vienen conmigo desgustos y yo por ello con gusto.” (p. 36).

En Vázquez de Coronado, la conciencia plena de ser un habitante de las nuevas tierras, no un simple oportunista de paso, le da la conciencia de testigo excepcional y heroico, donde “lo visto y lo vivido” adquieren relevantes dimensiones. El se refiere con orgullo a sus “veinticinco años en las nuevas tierras”, y se sabe, como Cortés, conductor de una parte de la Historia. Sabe que la Historia la hacen los hombres, y aunque usa fórmulas estereotipadas providencialistas en sus alusiones a Dios, está convencido que son sus actos, esfuerzos y sacrificios los que le permitirán culminar la empresa:

“Yo serviré hasta morir, gastaré hasta que no me osen fiar más, trabaxaré hasta que me falte el ánima del cuerpo. . . El arado tome en la mano y hasta perder la vida no bolveré atrás, y siempre estará fixa la fee que tengo y devo al servicio de V. Señoría.” (Carta a Juan Martínez de Landecho, presidente de la audiencia de Guatemala, p. 40).

Y así se cumplió. De vuelta de España, colmado de honores y poderes, nombrado Adelantado de Costa Rica, con labradores y sacerdotes destinados a poblar y convertir las nuevas tierras, su barco, el San Jossepe, naufraga en una tormenta, cerca de las Canarias, y nadie se salva. La última carta que poseemos está escrita en San Lúcar de Barrameda, el 4 de octubre de 1565, dirigida a Felipe II, la víspera de embarcar, donde da cuenta de lo que va en el viaje, y es la primera y última vez que firma como Adelantado.

La conquista queda inconclusa. Otros hombres con menor visión de la empresa como un todo, y con más rapacidad la tomarán en sus manos. Pero algo de ese impulso inicial quedó en los primeros pobladores, y sentó las bases, si es que puede hablarse de permanencia en la vida de los pueblos, de una idiosincrasia y de una nacionalidad.

BIBLIOGRAFIA

Castiglione, Baltazar. **El Cortesano**. Madrid. Espasa Calpe. Colección Austral. 1980.

Fernández Guardia, Ricardo. **Cartas de Juan Vázquez de Coronado. Conquistador de Costa Rica**. Barcelona. Imprenta de la Viuda de Luis Tasso. 1908.

Maquiavelo, Nicolás. **El Príncipe**. Madrid. Espasa Calpe. Colección Austral. 1981.

Meléndez Chaverri, Carlos. **Juan Vázquez de Coronado, Conquistador y Fundador de Costa Rica**. San José, Editorial Costa Rica. 1966.